

## CAPITULO II.

*Traicion de un Criado del joven Siciliano en los confines de Polonia. Pierde nuevamente á su Irene. Emprende un viage á Italia en busca de ella. Hacese amigo de un Oficial , y extravagante humor de una Amiga de éste.*

Un perverso Criado que habiamos recibido en Varsovia para que nos sirviese en el camino (de acuerdo , segun todas las apariencias , con el calesero que nos conducia ) quando llegamos á cierto sitio en los confines de Polonia , nos asaltó de repente con un puñal en la mano , y habiéndome dado una gran puñalada en el pecho , me dexó tendido en la tierra medio muerto. No puedo decir quanto tiempo estuve en aquel miserable estado ; solo sí , que quando volví en mí , me hallé en una pobre camita dentro de una miserable cabaña , y á mi cabecera una vieja , que habia tenido la caridad de recogerme , vendar mi herida , y aplicarla algunos bálsamos.

Viéndome en tan infeliz estado , llamé inmediatamente á mi Irene ; pero mi Irene estaba muy lejos para oirme , y la buena vieja me dixo, que

que nada sabía de esto , y solo me refirió , que dos piadosos forasteros me habian puesto en sus manos , diciendola , que me habian encontrado en medio de un camino , revolcandome en mi propia sangre , y casi para espirar , acercandose á socorrerme. Quando me hallé otra vez sin mi esposa , entré en tal furor , que quise matarme con mi propia mano , haciendo con rabia pedazos las vendas que cerraban la herida para que no me desangrase. La vieja se opuso á mi frenético atentado con toda la fuerza y todo el rigor que pudo , y despues comenzó á consolarme , procurando sosegar mi desesperacion ; pero sus raíces eran muy profundas , y muy vehemente el amor que tenia á Irene , para que se desvaneciese con tanta facilidad el imponderable dolor que me ocasionaba su pérdida. De qualquiera manera que fuese , lo cierto es , que la Divina Providencia quiso conservarme la vida para aquellos altos fines que nosotros no podemos adivinar. Sanó la herida del cuerpo al mismo tiempo que la del alma cada dia se iba haciendo mas mortal. No sabía qué hacer , ni adónde volverme para encontrar algun rastro del bien que habia perdido. Temía que mis pesquisas y mis diligencias me produxesen todavia mayores pesadumbres , porque si llegaba á saber que habia muerto , tendria que llorarla vanamente toda la vida ; y si era viva , estaria en un continuo sobresalto , recelando que hubiese caído en poder de quien hiciese violencia á sus afectos , despedazando al mismo tiem-



po su honor y el honor mio. En medio de eso me parecia menos malo salir de este laberinto de sospechas y temores, que estár en una perpetua incertidumbre. Comencé pues á viajar, habiendome despedido antes de mi buena vieja y caritativa albergadora, y me entré en la Saxonia, acompañado de toda la amargura, y de toda la agitacion que podia inspirar un caso tan doloroso como el mio. Hallabame sin dinero, y me era preciso mendigar el pan de puerta en puerta, ó importunando á las gentes que estaban en las Iglesias encomendandose á Dios. Luego que llegué á Dresde, saqué del bolsillo los auténticos documentos que certificaban ser yo pensionado de su Magestad; y presentandome al Magistrado, me querellé del atroz delito que se habia cometido contra mi vida, por el qual habia perdido la muger, y los preciosos regalos que habia debido á la Real munificencia. Formóse el proceso en el mejor modo que se pudo por la jurisdiccion Electoral; pero nunca se pudo descubrir en qué parte del mundo se hallaban los reos. Tenia yo grandes recelos de que el golpe hubiese sido dispuesto por algun Caballero Polaco, mas codicioso de mi muger que de mi corto tesoro. Mas por otra parte me parecia, que la buena índole de la nacion no daba lugar á que me detuviése en una sospecha tan indecorosa. Conociendo, pues, que mi mal era irremediable, no hallaba otro consuelo que el de haberme conciliado la compasion universal. Todos me miraban, y me trataban con

par-

particular amor y distincion, lo que no contribuía poco á que se hiciese menos insoportable mi dolor. Entre otros un cierto Caballero Saxon me hacía mil finezas, tanto, que me ví precisado á no negarle el gusto de que admitiese su casa, su mesa y su mismo lecho. Llamábase el Baron de Chirchein, y era un Jóven de treinta años, de mucho espíritu, y de medianas conveniencias. Yo le enseñé la lengua Italiana, que aprendió con maravillosa facilidad, porque queria le sirviese en un viage que pensaba hacer á Italia para su instruccion y diversion. El deseo de viajar por el mundo, para informarse del genio de las naciones, particularmente de aquellas que son mas cultas, es muy loable y muy frecuente en los Pueblos ultramontanos. Los Italianos por lo comun solo viajan por los mapas ó cartas Geográficas, y por los libros de aquellos viajeros, que en las descripciones de los lugares por donde transitaron, entre una verdad cuentan mil patrañas. Los Españoles por la mayor parte no gustan de ausentarse de su patria, sino que sea para el comercio; y los Comerciantes por punto general cuidan poco de adquirir otras noticias que las que tienen inmediata conexiõn con sus intereses.

Chirchein quiso que tambien le hiciese yo compañía en su viage, lo que acepté gustoso, no solo por complacerle, sino por lograr esta ocasion de adquirir alguna noticia de Irene, y al mismo tiempo solicitar algunas de sus padres y los mios, á quienes no habia dado la menor no-

c 2

ti-



ticia de mi persona, desde que improvisamente partí de Cefalonia. Habiendonos provisto de buenas cartas de recomendacion, y de mejores letras de cambio, partimos de Dresde en el mes de Abril de 1718. para pasar á Viena, y desde allí por el Tiról á la Lombardía. Llegamos sin que nos hubiese sucedido cosa particular á un lugarcillo cerca de Castelara, donde nos detuvimos un mes para ver desfilas las Tropas que pasaban á Nápoles, ó hácia la costa de Génova contra los Españoles, que á la sazón estaban en guerra con el Emperador. Hallabase entre otros un Comandante ó Coronel de un Regimiento, con quien el Baron de Chirchein tenia estrecha amistad. Yo tambien supe insinuarme intrinsecamente con él, que tuve ocasion de conocerle por un hombre rígido y austero en todo lo concerniente á la disciplina Militar; pero que al mismo tiempo sabía hacerse amar de los Soldados, bien que no fuese muy acepto á los Oficiales. Era hombre de bella conversacion, de gran discernimiento, y de una mente fecundísima de recursos, arbitrios y partidos. Salia á maravilla de los lances mas intrincados, y á todo sabía encontrar adecuado remedio. El Baron de Chirchein y yo no acertabamos á apartarnos de su trato, y él nos hacía mil finezas, mostrando en todas ocasiones particular inclinacion á cada uno de nosotros dos. Un día que fuimos con él á ver desfilas un Regimiento de caballería, hizo alto en una casilla poco distante, y desmontandose del caballo, se entró en ella, y

se

se detuvo allí por espacio de una hora. Ninguno de nosotros dudó que algun empeño amoroso le habia llevado dentro de aquella casa, y nos confirmamos en nuestro pensamiento, quando al salir de ella nos hizo la siguiente confianza. Amigos, nos dixo, aunque es verdad, que nosotros los Soldados debemos ser unos hombres de ánimos feroces, con todo eso nos gusta templar de quando en quando nuestra ferocidad con la vista de objetos dulces y apacibles. El arco que siempre está tirante, facilmente se rompe, y un hombre no puede menos de conceder alguna hora al desahogo de su continua seriedad. En todos los lugares donde me he hallado, aun en tiempo de guerra viva, y con el enemigo á la vista, siempre he procurado proveerme de algunas amigas, y en esta casa tengo una, que hace muchos excesos á las otras en hermosura, y en todas las demás prendas. Aunque habita en esta casuca que veis, es de un nacimiento muy superior al plebeyo, y de un carácter verdaderamente original y extravagante. No es capaz de amar á ningun hombre sino á fuerza de desprecios, ni se la puede dar testimonio para ella mas cierto de nuestro sincero amor, que el tenerla y tratarla como á la muger mas vil y baxa del mundo. Las mugeres, dice ella continuamente, estamos llenas de todos los defectos, no pudiendose dudar, que la muger es el animal mas odioso que vive sobre la faz de la tierra, y como no merecen que los hombres las alaben, celebren y cultiven, todos los

que



que lo hacen son aduladores, vicio el mas contrario á la sinceridad y al amor verdadero. Para conformarse pues con esta su extravagantísima filosofía, es menester abandonar todas las finezas, todos los cumplimientos, toda especie de obsequios, de alabanzas y ternuras, practicando en lugar de esto burlas, escarnios, ludibrios y vituperios. Entonces sí que ella se rinde, se derriete, y se deshace en finezas y en caricias, con tanta liberalidad, como lo haría otra bien cebada con el oro, con las joyas y con todos los mas eficaces atractivos del amor. Para ella no hay mayor cortejo, que quando la estampan una buena bofetada en medio de la cara, ó una recia puñada en el pecho: tan lejos está de gustar que la digan, *mi vida, mi bien, mi tesoro*, con todas las demás frialdades del vocabulario comun de los amantes, que antes bien la lisonjean mucho, quando la llaman *monstruo, furia, peste y veneno de todo el género humano*. Si os hallarais presentes á nuestras mas secretas conversaciones, reventarais de risa al oír mis primeras saluciones, que comunmente son decirle: *el diablo te lleve, y mal rayo te parta*; á lo que ella me responde: *seas bien venido, consuelo mío, y el hombre mas amable de todos los mortales*. Si alguna vez me olvido de saludarla así, nada consigo de ella; y nunca está mas tierna, ni mas amorosa, que quando la trato con mas desprecio, y con mayor aspereza. Esa es una cosa muy particular, dixo entonces el Baron de Chirchein: yo ya ha-

bia

bia oído, y tambien leído, que las mugeres ordinarias, particularmente las Aldeanas gustan de ser cortejadas á puñadas y á pescozones; pero una muger distinguida, del humor y genio que nos cuenta el Señor Oficial, es tan extraordinaria, que no creo haya habido otra semejante en el mundo. ¿Y qué sé yo, replicó el Oficial, si Vms. creerán, que la que digo es tal como la pintó? Hora bien, mañana vendreis todos á cenar conmigo: estareis encerrados en un quarto vecino al mío, y desde un cierto sitio que yo os enseñaré, podreis instruiros de una verdad, que acaso poneis en duda.

Con efecto, luego que llegó la noche del dia siguiente, fue introducida la muger en el quarto del Oficial, quando ya estábamos todos en el sitio que él nos habia dicho. Habíase revestido él de un ayre tan feroz y tan furioso, que mas parecia estar esperando al mas mortal enemigo suyo, que á una dama y á una amante: ¿Quién diablos te ha traído aquí (la dixo luego que la vió), *furia del infierno, bruja diabólica, y megera serpentina?* Vengo (respondió ella con una dulcísima voz y apacible mansedumbre) *vengo, ó luz del mundo, exemplo de virtud, y dueño único de todos mis pensamientos, á consolarme con la vista del mayor héroe del mundo, y honra del género humano. Vete con dos mil demonios* (la replicó el Oficial) *Esfinge engañosa, á vomitar tu veneno en el Cocito, y quiera el Cielo que arda en eternas llamas esa as-*

que-



querosa inmundicia de tus ponzoñosos miembros. No, tesoro mio (le replicó ella) permíteme que antes de baxar á los dominios de Plutón, única habitacion muy debida á mis grandes imperfecciones, conceda á mi pobre alma el pasagero alivio de consolarse con la vista de tu dulcísimo aspecto. No eres digna de eso, abominable Medusa (la respondió el Coronel); y diciendo y haciendo, la descargó en su rostro una grandísima bofetada, que retumbó en todo el quarto. No se alteró poco ni mucho la dama, antes bien enviando delante un graciosísimo sonrisa lleno de amor, imprimió un afectuoso beso en la misma mano que la habia maltratado. No pretendo describir aquí todo lo que sucedió en aquella cómica visita. Basta decir, que despues de haber dexado bien acardenalados los brazos y la cara de la pobre muger con las estrañas y demasiadas pruebas que la dió de su tierno amor, los dos se sentaron á cenar. Comenzaron á beber, y se dió principio á los brindis. Estos fueron de la misma especie que todas las caricias antecedentes, bebiendo el Oficial al exterminio y mala muerte de la dama, y correspondiendo la dama á la mas robusta salud, larga y preciosa vida del Oficial, de manera que comenzó entre los dos una graciosa competencia de bendiciones y maldiciones, que al mismo mismísimo Heraclito le haría despedazarse de risa. No pudiendo nosotros reprimir la nuestra, abandonamos la grita, y nos restituimos á nuestra

casa, donde no nos hartábamos de hablar de lo que habiamos visto y oído. Habiendo ido el dia siguiente á ver á nuestro Oficial; y bien (nos preguntó inmediatamente) ¿qué les pareció á ustedes de lo que ayer vieron y observaron? ¿Dudarán todavía si yo les habia dicho la verdad, ó contado una fábula ó no? si no se verán precisados á confesar, que mi amiga en punto de amor es de un gusto, que quizá será el primero y el último que de la especie se haya visto, ni se haya de ver jamás en el mundo? No seguramente, respondió Chirchein, y yo nunca acabaré de admirarme de un gusto y carácter tan particular. Pero lo que tampoco puedo comprehender es, cómo tiene usted corazon para tratar tan mal á una criatura tan amable, y á quien usted mismo ha confesado ama mucho mas que haya amado á ninguna otra. Ella lo quiere asi, le respondió, y asi tambien debo quererlo yo. ¿Se puede hacer menos que esto por dar gusto á una Dama, á quien se desea servir y complacer? Mientras tanto, debiendo el Coronel proseguir su marcha hácia el Parmesano, continuamos nosotros nuestro viage á la Romanía, cuyas Ciudades las visitamos todas una despues de otra.